

Revista de cultura de
la arquitectura, la ciudad
y el territorio

Centro de Estudios
de Arquitectura Contemporánea

BLOCK

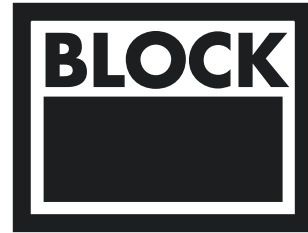
Otilia Fiori Arantes
Michael Speaks
Diego Capandeguy
Carlos Gotlieb
Graciela Silvestri
Tony Díaz
Sandro Scarrocchia
Luis E. Carranza
Silvia Pampinella
Andrea Giunta

EL PRINCIPE

Número 5,
diciembre de 2000



UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA



**Revista de cultura de
la arquitectura, la ciudad
y el territorio**

**Centro de Estudios
de Arquitectura Contemporánea**



UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA

Universidad Torcuato Di Tella
Rector: Dr. Gerardo della Paolera

Centro de Estudios de Arquitectura Contemporánea
Director: Arq. Jorge F. Liernur
Coordinación ejecutiva: Arq. Claudia Shmidt

Consejo consultivo:

Arq. Roberto Aisenson
Arq. Jorge Aslan
Arq. Francisco Bullrich
Arq. Enrique Fazio
Arq. Raúl Lier
Arq. Clorindo Testa

Comité ejecutivo:

Arq. Oscar Fuentes
Arq. Pablo Pschepiurca
Arq. Mónica Rojas
Arq. Claudia Shmidt

Block

Director

Arq. Jorge F. Liernur
Universidad Torcuato Di Tella
Universidad de Buenos Aires
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Comité de redacción:

Arq. Noemí Adagio
Universidad Nacional de Rosario

Dr. Fernando Aliata
Universidad Nacional de La Plata
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Dra. Anahi Ballent
Universidad Nacional de Quilmes
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Arq. Alejandro Crispiani
Pontificia Universidad Católica
de Chile (Santiago)

Arq. Silvia Dócola
Universidad Nacional de Rosario

Arq. Eduardo Gentile
Universidad Nacional de La Plata

Dr. Adrián Gorelik
Universidad Nacional de Quilmes

Arq. Luis Müller
Universidad Nacional del Litoral

Arq. Silvia Pampinella
Universidad Nacional de Rosario

Ma. Ana María Rigotti
Universidad Nacional de Rosario
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Arq. Javier Saez
Universidad Nacional de Mar del Plata

Arq. Claudia Shmidt
Universidad Torcuato Di Tella
Universidad de Buenos Aires

Dra. Graciela Silvestri
Universidad Nacional de La Plata
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Editores del número 5

Anahi Ballent
Adrián Gorelik

Diseño

Gustavo Pedroza

Permitida la reproducción parcial o total del material que aquí se publica, previa autorización expresa de la Dirección.

Las opiniones contenidas en los artículos son de exclusiva responsabilidad de los autores.

ISSN: 0329-6288
Propietario
Universidad Torcuato Di Tella
Miñones 2159/77, (1428) Buenos Aires
Argentina
Tel. (54 11) 4784 0080, int. 166,
(54 11) 4783 8654 (CEAC)
E-mail: ceac@utdt.edu

Indice

BLOCK, número 5, diciembre de 2000



Albert Speer,
Plan para el Gran Berlín,
1941.

	Introducción	4
Anahi Ballent - Adrián Gorelik	El Príncipe	6
Otilia Beatriz Fiori Arantes	Cultura y coaliciones de poder y dinero en las nuevas gestiones urbanas	12
Michael Speaks	Dos historias para la vanguardia	22
Diego Capandeguy	Producción, poder y seducción en la arquitectura uruguaya reciente	27
Carlos Gotlieb	<i>Les Grands Projets</i> de François Mitterrand en París: la arquitectura como asunto de estado	32
Graciela Silvestri	Apariencia y verdad	38
Tony Díaz	Posmodernismo y dictadura	51
Sandro Scarrocchia	Mefisto o la arquitectura del totalitarismo	54
Luis E. Carranza	Narciso Bassols y Juan O’Gorman: la utopía arquitectónica del nuevo estado	64
Silvia Pampinella	Arquitecturas de autor o arquitecturas de mecenas	70
Andrea Giunta	Poseer y usar la belleza: crónica de una colección	78
	Block Autores y contenidos de los números 1 a 4	90

Cultura y coaliciones de poder y dinero en las nuevas gestiones urbanas

Oflía Beatriz Fiori Arantes

A pesar de que la Feria de Hannover frustró las expectativas respecto del público que debería atraer un acontecimiento de esa magnitud con toda su parafernalia, o de que iniciativas como el Duomo del Milenio hayan resultado un fracaso, sin contar la última Copa del Mundo –que llevó a la quiebra a varias ciudades francesas–; o aun cuando, molestos, los franceses protesten con razón por la rueda gigante que cortó el eje que se extendía de la Cour Carrée y de la Pirámide al Arco de la Défense, pasando por el Arco del Triunfo, y que vociferen contra la inflación de centros culturales en el momento de decidir sobre el uso de la antigua fábrica de Renault en la isla de Séguin; aun así los gobernantes y gestores urbanos parecen confiar en la fórmula mágica de los grandes eventos, con sus megaproyectos, para atraer turistas e inversionistas hacia sus respectivas ciudades. Sucesos como el de las Olimpiadas en Barcelona, el de los Grandes Proyectos Parisinos, especialmente en la década de 1980, o incluso el del exuberante Museo de Bilbao (que finalmente elevó a Gehry al cielo del *star system*, y logró, al mismo tiempo, que éste reflotara su proyecto para Disney Hall Center en Los Angeles y fuese convocado para otros cinco museos en los Estados Unidos, entre ellos el nuevo Guggenheim de Nueva York), parecen ofrecer la receta de una fórmula mágica de «hacer» ciudades (como se lee en los prospectos).

No hace mucho tiempo hice la siguiente observación, especialmente en relación con la Expo 98 de Lisboa: ya sea que se trate de Olimpiadas, la Copa del Mundo, la Exposición de tal o cual cosa, una catástrofe natural, 200 años de la revolución francesa, 500 años del descubrimiento de América o del Brasil, o incluso de un *show-case* como un museo extravagante, lo único que importa es saber que serán movilizados millones de personas y de metros cúbicos¹. Siempre que implique dispendios y remuneraciones considerables, es lo mismo que se abran y cierren agujeros de dimensiones faraónicas, o que se construyan pirámides u otros prismas espectrales en los que se cristaliza la imagen mítica del

rentable bienestar en la ultramodernidad. Como el capitalismo es también una máquina de producir insignificancia –aunque las cifras de sus emprendimientos no lo sean–, destinada a acumular indefinidamente más de lo mismo, no hay paradoja, sino más bien involuntaria coherencia, en un proyecto de restauración del sentido original de «hacer ciudad» al servicio de «ocasiones» sin significado urbano intrínseco, más allá de la equivalencia general de las buenas oportunidades, indiferentes en sí mismas mientras abran una puerta para la globalización –puerta estrecha por definición–. Ese es, sin dudas, uno de los rasgos del urbanismo llamado de última generación: se vive al acecho de ocasiones... ¡para hacer negocios! Y lo que está a la venta es un producto inédito: la propia ciudad, que para ello debe adoptar una agresiva política de marketing. Como lo indica la misma terminología habitual, estamos frente a políticas de *image-making*, es decir, *business-oriented*, aun cuando se argumenta (incluso de buena fe) que se trata de dar visibilidad a personas o colectividades que desean de hecho esa promoción. Porque, en efecto, uno de los ingredientes de la nueva fórmula, en las palabras de dos de los más famosos ideólogos del urbanismo llamado de última generación –esto es, de lo que se conoce como Planificación Estratégica–, es el «consenso público» o, todavía en el mismo plano eufemístico, la «voluntad conjunta», que forma la argamasa de esa construcción de ciudad y le permite dar «un salto hacia delante, tanto desde el punto de vista físico como económico, social y cultural»².

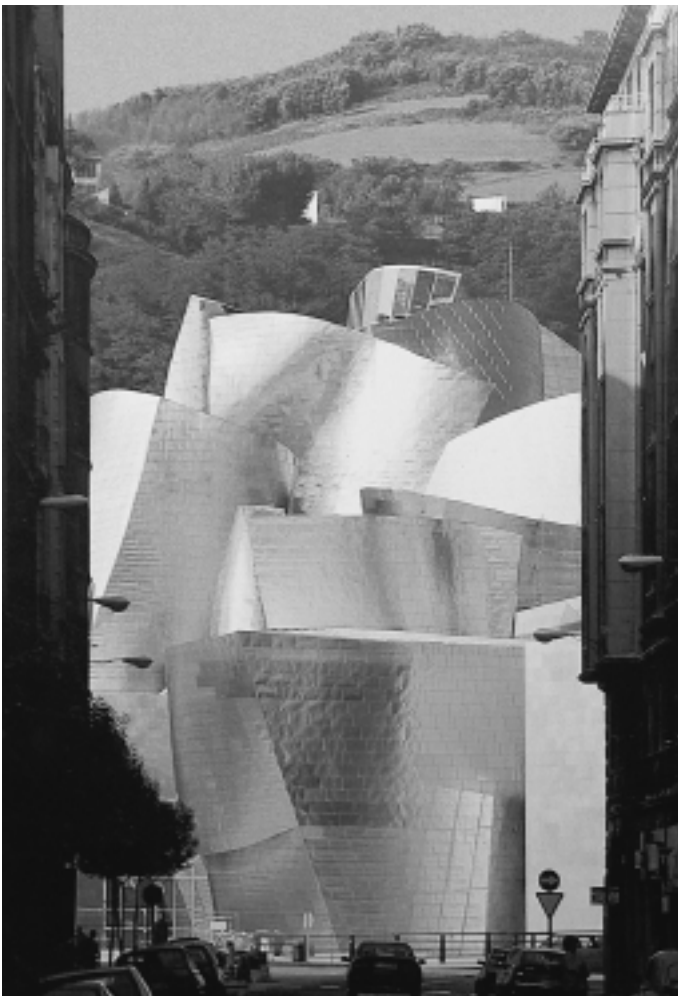
Gobernantes, burócratas y urbanistas parecen converger en una especie de teorema-patrón: las ciudades sólo serán protagonistas, como les promete la Edad de la Información, si, y sólo si, son debidamente dotadas de un plan capaz de generar respuestas competitivas a los desafíos de la globalización, y esto ante cada oportunidad (siempre en el lenguaje de los negocios) de renovación que por ventura se presente bajo la forma de una posible ventaja comparativa para crear.

Si nos remitimos a la ciudad-máquina moderna, el cambio de los urbanistas no deja de ser espantoso: cuando los modernos proponían una ciudad según el modelo de la línea de montaje fordista, tenían en mente ante todo la supuesta racionalidad constructiva de ese proceso y se sentirían sinceramente ofendidos,

Este texto es una reelaboración del ensayo «Estrategia fatal», en Arantes, Vainer y Maricato, *A cidade do pensamento único. Desmanchando consensos*, Petrópolis, Vozes, 2000. Traducción de Ada Solari.



La cultura como estrategia:
 A la izquierda: Frank Gehry, Museo Guggenheim, Bilbao, 1992-97 (foto inferior: J. Goldberg, AV, nº 69-70, Madrid, 1998).
 Arriba: Herzog y De Meuron, Guggen y Binswanger, *Tate Gallery of Modern Art*, orilla sur del Támesis, Londres, 1999.



como de hecho se sintieron (dado que creyeron que se trataba de un desvío en la ruta), si se les planteara la dura verdad de su funcionalidad sistémica de origen, por así decirlo. Hoy, lo que podría haber sido motivo de escándalo –la revelación de la mercantilización integral de un valor de uso civilizatorio como la ciudad– se tornó una razón legitimadora invocada ostensivamente. El objetivo actual del urbanismo no es más el de corregir, sino el de incrementar la proliferación urbana, para optimizar la competitividad de las ciudades (todo el vocabulario es, por otra parte, claramente empresarial). Cambiamos la máquina de habitar moderna por esta máquina de crecimiento, y, como se verá a continuación, no soy yo quien lo dice.

Retrocediendo en el tiempo, me gustaría hacer una recapitulación de las grandes intervenciones urbanas que están en el origen de ese proceso: nada más y nada menos que las ciudades-empresas americanas que surgieron en los años setenta, según la clasificación de Peter Hall en *Ciudades del mañana*, publicado en 1988. Además, la naturalidad con que algunos urbanistas tratan el empuje empresarial provocado por el triunfo indiscutible del mercado, lleva a que el fenómeno que nos ocupa se revele sin disfraces. Es el caso de Peter Hall, cuya percepción desprejuiciada nos interesa en más de un aspecto. Hall da a entender que la ciudad-empresa habría nacido de las cenizas del consenso keynesiano, por una especie de cambio repentino desconcertante, en rigor, sin mediaciones ni mayores consideraciones: «Hubo un momento en la década de 1970 en el que la planificación urbana se puso cabeza abajo [...] La utilización de planos y reglamentos para guiar el uso del suelo parecían cada vez más desprestigiados. En su lugar, la planificación dejó de controlar el crecimiento urbano y pasó a alentarlo por todos los medios posibles

e imaginables. Las ciudades –el nuevo mensaje sonó en alta voz– eran máquinas de producir riquezas; el primer y principal objetivo de la planificación debía ser aceitar la máquina. El planificador se fue confundiendo cada vez más con su tradicional adversario, el promotor; el guardabosque se transformaba en cazador furtivo»³. Dado que el autor no puede ser sospechado de mayores simpatías hacia la izquierda, su testimonio es inigualable.

No cabe recapitular aquí en detalle los hechos que marcaron en la década del setenta la gran reversión de los treinta años de expansión de la posguerra, sin los cuales la quiebra de la economía urbana y el colapso subsiguiente de las ciudades serían incomprendibles. Sin embargo, cualquiera sea el esquema explicativo del largo descenso de la economía mundial, el hecho es que con el fin de la Era del Crecimiento la planificación urbana, destinada por definición a disciplinarlo, perdió su carácter de evidencia y cifra de la racionalidad moderna, y se tornó el blanco predilecto de la ofensiva liberal-conservadora políticamente victoriosa desde 1979/1980. Pero faltaba la fórmula salvadora que diese cuerpo a tamaña obsesión con el crecimiento, justificado obviamente por la creencia economicista en el efecto *trickle down* de la expansión de la actividad.

Para variar, la receta vino de los Estados Unidos. Y con ella, otra carnada, la célebre «revitalización urbana», así como sus no menos célebres derivados: la asociación entre sector público e iniciativa privada, encargada a su vez de «palanquear» (otro neologismo yanqui: *to leverage*) inversiones privadas con fondos públicos (siempre según la descripción de Peter Hall). El autor recuerda que el agente clave, el catalizador de este cambio, fue el empresario de Baltimore, James Rouse. La «rousificación» de América puede ser apreciada por la multiplicación de las réplicas de «recualificaciones» (otra palabra mágica de la época) desde el Inner Harbor de Baltimore y los esquemas equivalentes del Boston Waterfront y del Quincy Market, también en Boston, por ejemplo, hasta el Fisherman's Wharf de San Francisco, y así de seguido. Según la apreciación –evidentemente, crítica– de David Harvey: se trata de fenómenos indisolubles de la condición posmoderna⁴. El itinerario que este último adopta es en el fondo el de la periodización del «espectáculo urbano»: la sustitución posmoderna del espectáculo como forma de resistencia o de fiesta popular por el espectáculo como forma de control social.

Veamos. En los años sesenta, la escena de las ciudades americanas fue invadida por manifestaciones por los derechos civiles, movilizaciones contra la guerra en el sudeste asiático y motines de todo tipo, sobre todo en los barrios negros, ya que buena parte del descontento urbano, no hay que olvidarlo, giraba en torno de los proyectos «modernos» de habitación y renovación de los



equipamientos funcionales típicos, ahora amenazados por disturbios que se tornaban endémicos. Pero en el inicio de los años setenta, toda esa movilización terminó siendo «capturada por fuerzas bien diferentes y empleada para fines bien distintos». Baltimore se tornó entonces un instructivo resumen de esta evolución del espectáculo urbano. Y aquí está el punto que quisiera destacar: la espectacularización bien conocida de Harbor Place (para no hablar de eventos característicos como la Feria de Baltimore, un notable suceso según los interesados) terminó concentrando el juicio en la dimensión más disfrutable de la nueva receta –«la arquitectura del espectáculo, con su sensación de brillo superficial y de placer participativo efímero, de exhibición, de transitoriedad y *jouissance*», etc.–. No sin razón, por cierto, y no sólo por la estetización bastarda sino, antes, por el impacto nulo sobre la pobreza y demás déficits sociales. De ese modo se soslayó el contenido de la iniciativa que, siguiendo a Harvey, es necesario recordar de forma breve pero precisa: neutralizar, entre otras cosas, los efectos del asesinato de Martin Luther King en 1968, que amenazaban la viabilidad de las inversiones, lo que llevó a los líderes locales a buscar un símbolo en torno del cual construir una idea de «ciudad como comunidad» en oposición a la ciudad sitiada, como veía el ciudadano común al centro de la ciudad y sus espacios públicos. Así surgió la Baltimore City Fair como forma de promover el redesarrollo urbano, celebrando la buena «vecindad» y la diversidad étnica de la ciudad; el paso siguiente dio lugar a la «comercialización institucionalizada de un espectáculo más o menos permanente en la construcción de Harbor Place», que recuerda que los propios grupos étnicos comenzaron a lucrar con «la venta de etnicidad», a falta de mercado para su fuerza de trabajo. Hasta aquí –para retomar nuestro itinerario–, Harvey y el mapa general de la condición



Intervenciones de renovación de los años setenta:
 En la página anterior: Puerto de Baltimore, realización
 de la Rouse Corporation.
 Arriba: Puerto de Londres, antes y después (los ejem-
 plos son los ofrecidos por Peter Hall, *Ciudades del
 mañana*, op. cit., de donde se extrajeron las fotografías).

posmoderna, igualmente destacada por Peter Hall, pero con el agregado de la observación de que esta creación deliberada de un escenario cuyo prototipo había sido la «rousificación» de Boston y Baltimore (en el límite, la comprensión de la intervención urbana como un proceso de producción de lugares de éxito), era el registro y la garantía espectacular de que –en las palabras del autor– «una nueva y radical elite financiera tomaba evidentemente posesión de la ciudad, liderando una coalición pro crecimiento que manipuló hábilmente el apoyo público y combinó fondos federales y privados para promover una urbanización comercial en gran escala»⁵.

En pocas palabras, la idea de ciudad como *growth machine* (utilizo aquí una expresión puesta en circulación en los Estados Unidos por Molotch en 1976, de la cual la ciudad-empresa de Hall es apenas una variante)⁶ puede ser resumida del siguiente modo: coaliciones de elite centradas en la propiedad inmobiliaria y sus derivados, más una legión de profesionales dependientes de un amplio arco de negocios derivados de las posibilidades económicas de los lugares, configuran las políticas urbanas a medida que dan libre curso a su propósito de expandir la economía local y aumentar la riqueza. La *fabricación de consensos* en torno del crecimiento a cualquier precio –que es la esencia de toda localización– se torna la pieza clave de una situación de movilización competitiva permanente en la batalla de suma cero con las ciudades competidoras. Se trata, por lo tanto, de una fábrica por excelencia de ideologías: del territorio, de la comunidad, del civismo, etc. Y en el corazón de esas coaliciones está la clase rentista de siempre, hoy nuevamente a la vanguardia de los «movimientos urbanos»: emprendedores inmobiliarios, intermediarios, banqueros, etc., amparados por un séquito de coadyuvantes igualmente interesados y poderosos, como medios masivos, políticos, univer-

sidades, empresas deportivas, cámaras de comercio y, finalmente, nuestros dos personajes en este enredo de estrategias: planificadores urbanos y promotores culturales.

Con el restablecimiento de la hegemonía americana, vulgarmente conocida como «globalización», el modelo máquina-de-crecimiento se generalizó con el pretexto de responder a las mismas presiones competitivas en torno del capital escaso y nómada, pero en verdad para responder a los imperativos (políticos) de la cultura anglosajona de los negocios⁷, al punto de convertir en un dato natural la convicción de que las ciudades deben ser dirigidas no «*like business*», sino «*for business*» (todavía de acuerdo a Molotch). O, por otra parte, todo sucede como si la transnacionalización productiva y financiera, al contrario de lo que sería previsible, en función del acentuado localismo de las máquinas urbanas de crecimiento, terminase otorgando –justamente debido a la reorientación de los estados nacionales, cada vez más vaciados socialmente y más deslegitimados, en la vía de una simbiosis aún más estrecha con el mundo de los negocios que deben ser pública y premeditadamente «palanqueados»– una segunda juventud cosmopolita a las parroquiales coaliciones urbanas pro crecimiento.

Finalmente, no se trata de comprobar la colonización de la animación cultural (que, por otra parte, nació colonizada, como lo indica su mismo nombre) por la ciudad como «máquina de crecimiento», sino sobre todo de la operación inversa: el nuevo combustible sin el cual la coalición no fabrica los consensos necesarios. A pesar de que el foco de los análisis de Molotch es el conjunto de condiciones para poner en movimiento la máquina urbana de «aumentar rentas agregadas» y no exactamente la cultura, ya indica como ingredientes indispensables en los buenos negocios (quién diría, con cuánta antelación) el «orgullo cívico»

de los habitantes del lugar y el «patriotismo de masas», retomados, literalmente, en el recetario presentado como «planificación estratégica» en el Habitat II por Borja y Castells⁸. La diferencia es que lo que los teóricos (apologistas o críticos) de la ciudad-empresa veían como una convergencia rentable, los «estrategas catalanes» pretenden que sea una «articulación» concertada..., y por consiguiente capaz de inducir una nueva ola de civilidad, agregando ambigüedad al malentendido entre política real y epidermis cultural.

En verdad, la máquina urbana de crecimiento no es nada más que una máquina ideológica accionada por los que administran la construcción tanto física como imaginaria de los recursos capaces de impulsar el desarrollo dentro y a través de los «lugares» de la ciudad, denominados de forma apropiada *urban imagineers*. En estas circunstancias, no resulta extraño que el arquitecto-urbanista se haya convertido en uno de los operadores claves de esta máquina, reuniendo en un solo personaje al *manager* (el planificador-emprendedor identificado por Peter Hall) y al «intermediario cultural» (cuya existencia Bourdieu fue el primero en señalar; una fracción de clase que ofrece bienes y servicios y cuya trayectoria ascendente es reveladora del actual culturalismo del mercado). Intermediario y empresario cultural, al mismo tiempo que uno de los principales agentes de la *gentrificación*. El vocablo original inglés, *gentry*, deja descaradamente al descubierto el carácter de clase de este término: de allí la sombra de mala conciencia que suele acompañar su uso avergonzado, y por esa razón se lo escamotea con eufemismos como revitalización, rehabilitación, revalorización, reciclaje, promoción, recualificación, o incluso renacimiento, y así de seguido, encubriendo mal, por el contrario, el sentido original de invasión y reconquista, inherente al retorno de las camadas ricas al corazón de las ciudades.

Lo que quiero sugerir es que la planificación llamada estratégica puede no ser más que otro eufemismo de *gentrificación*, aunque no sean exactamente lo mismo –quién sabe si no será, tal vez, su apoteosis: una ciudad estratégicamente planificada de la A a la Z no sería otra cosa, finalmente, que una ciudad enteramente *gentrificada*–. Por ello, abriré un paréntesis (con algunos ejemplos) acerca de este tópico, que se volvió uno de los puntos de honra de la dilución culturalista del despojo urbano, pues finalmente lo que interesa siempre es determinar quién sale y quién entra, sólo que ahora se trata de una apropiación del espacio legitimada por el *upgrading* cultural.

No por acaso, el modelo más conocido y repetido de esta asociación hegemónica entre especuladores, políticos y *urban imagineers* se encuentra en Nueva York, en el proceso de *gentri-*



«Ciudades ocasionales» de los noventa:
Expo 98 de Lisboa, implantación general y detalle
del recinto ferial.



ficación del SoHo, inicialmente por medio del incentivo al reciclaje de los *lofts* por la comunidad local de artistas, que fue la novedad en la articulación de capital y cultura en la remodelación de la ciudad, novedad destacada por el estudio pionero de Sharon Zukin⁹. Para variar –o mejor, por primera vez de modo ejemplar, a partir de los años setenta–, se rehabilitaba el área arruinada por medio de una operación «concertada» (como dirán los ideólogos catalanes) de recualificación de los espacios desactivados de las viejas fábricas, convertidos en galerías o incluso en residencias de artistas, boutiques, restaurantes considerados sofisticados, etc., y por consiguiente la migración forzada de los antiguos habitantes y la reconversión de los pocos propietarios remanentes en intermediarios de altos negocios inmobiliarios. Nuevos patrones de gusto y consumo difundían la sensación reconfortante de que una vida de artista, esta vez reconciliada con la sociedad, podía ser el atributo de una nueva vanguardia de la burguesía –todo movido, por cierto, gracias a transgresiones sistemáticas de la legislación con la mal disfrazada aquiescencia de la administración local.

Allí se encuentra el embrión de un cambio emblemático: a medida que la cultura pasaba a ser el principal negocio de las ciudades en vías de gentrificación, se hacía cada vez más evidente para los agentes envueltos en la operación que era ella, la cultura, uno de los más poderosos medios de control urbano en el momento actual de reestructuración de la dominación mundial. Como se puede leer en un estudio posterior de Zukin acerca de las estrategias culturales del nuevo desarrollo urbano, cuya médula reside nuevamente en la propagación de la imagen de un centro de innovación, cualquiera sea, de los servicios financieros a la seguridad máxima de los públicos solventes¹⁰: es necesario distinguir por encima de la base formada por los factores económicos clásicos sobre los cuales se edifica una ciudad –tierra, trabajo y capital– al menos tres capas de intercambios desiguales y, además, «simbólicos». La primera es la manipulación de lenguajes simbólicos de exclusión y habilitación (*entitlement*): lo «visual» de una ciudad, así como la manera en que se deja, por así decir, tocar con la mano, su aspecto «táctil», reflejan decisiones sobre qué y quién puede estar visible o no, decisiones en suma sobre orden y desorden, lo que conlleva algo así como una estetización del poder, en la que el diseño arquitectónico es uno de los instrumentos más aparatosos. En la segunda capa, nos encontramos de nuevo con la máquina de Molotch: es que la economía simbólica de la ciudad también está dirigida por la habilidad de los «*place entrepreneurs*» (a quienes se sumaron hoy los últimos ideólogos del «lugar») para tratar con los símbolos del crecimiento, y su promesa de empleos y negocios. Por último, el sector más tradicional, actualmente reactivado al ritmo de vorágine del capitalismo ame-

ricano, la alianza entre los círculos de negocios y los «abogados de la ciudad» –esto es, la cobertura del multicolor edificio del Tercer Sector–, alianza que, por una combinación eficiente de mecenazgo y orgullo cívico, basado en el deseo de presentarse como un nuevo patriciado, se encargará de hacer multiplicar museos bombásticos, parques ídem y complejos arquitectónicos que aseguren a quien corresponda que se está entrando en una «*world-class-city*». Porque, en efecto, *es esta simbiosis de imagen y producto*¹¹ lo que caracteriza a la ciudad-empresa-cultural perseguida por la actual generación urbanística.

No es el caso ahora de hacer un inventario de los innumerables ejemplos neoyorquinos de gentrificación estratégica, si es que se puede decir así, a pesar de que se trata de eso. El principio de la máquina cultural de crecimiento no varía demasiado, como se puede verificar en otra recualificación famosa, la de Battery Park, con el recorrido de siempre: concebido a mediados de los años sesenta como una nueva área habitacional en Manhattan, destinada en principio a diversas capas sociales, se fue transformando poco a poco en un vasto proyecto de gentrificación impulsado por una sucesión de crisis (algunas forjadas) y medidas gubernamentales de «auxilio», con su habitual cortejo de comercio elegante y amenidades culturales, entre ellas un verdadero festival de arte público (o lo que actualmente se entiende así), en el que se consagró la unión entre Arte y Urbanismo, debidamente enmarcada por una fantasía kitsch, según la cual el encuentro de tierra y agua que allí se celebraba descendía de la misma noble estirpe de Venecia, Constantinopla y San Petersburgo¹².

La última novedad: se gentrifica Harlem, con la demolición de varios edificios, especialmente de los distritos históricos de Hamilton Heights y Sugar Hill. Es decir, nuevamente, lo obvio: en nombre de una memoria reactivada y de una identidad reconquistada, no cabe preguntar por la suerte de los actuales habitantes que seguramente no podrán sostener los costos de alquiler, cuando departamentos de dos ambientes pasen a costar 2.000 dólares por mes.

Con estos pocos casos, no obstante ejemplares, habría ahora que completar el razonamiento y señalar algo aparentemente trivial, pero que en verdad hace tiempo dejó de serlo: el hecho de que las áreas gentrificadas son áreas altamente vigiladas. Este último aspecto es el módulo más sencillo del mecanismo de subordinación de un espacio público al control privado, para variar, en la forma de alguna ONG creada *ad hoc* por la coalición local de rehabilitadores urbanos: se rediseña el lugar; se programan acontecimientos culturales, se abre un café o algo similar que resulte igualmente chic, y se completa el servicio con una pequeña horda de vigilantes. Y así se continúa, con intervenciones cada vez más complejas, hasta cubrir quizá toda la ciudad que importa, su

enclave verdaderamente global. Llegamos finalmente a lo que ya fue llamado «estetización del miedo»¹³ y que es en verdad el incentivo secreto del repentino interés de las elites globales por el espacio público, acerca del cual comenzaron sintomáticamente a hablar profusamente: no hay mecenas que se precie que no patrocine alguna área pública, con el celo ancestral demandado por esa nueva moda de *enclosures*, como en los tiempos de la acumulación primitiva.

A esta altura vale la pena no perder de vista el origen militar de la palabra estrategia, que fue trasplantada de la esfera semántica de la guerra económica, con involuntaria precisión, a un urbanismo que al menos confiesa necesitar adversarios, por otra parte fácilmente identificables. De este modo, pienso que hay que incluir en la «ciudad revanchista» descrita por Neil Smith la gentrificación estratégica de la que hablamos¹⁴. La designación no debe sorprender en una era de revancha del capital en todos los frentes, cuya magnitud se explica por el Gran Miedo que siguió a la explosión de los años 1960/1970. En la arena urbana, revancha contra los trabajadores precarizados, los inmigrantes, los sin techo, en fin, todo tipo de clase peligrosa capaz de amenazar el sueño de los vencedores de ayer. Por ciudad revanchista Neil Smith entiende más específicamente la vuelta agresiva de las gentrificaciones después de las grandes quiebras de los años ochenta, pero sobre todo como reacción ante el deterioro urbano provocado por la primera ola de desregulaciones y recortes en los programas sociales. No es difícil percibir, además, que el revanchismo que anima sin disfraces la expresión de una escalada más extensa y profunda en la guerra social contemporánea, cristalizada, entre otras enfermedades de la actual hegemonía global, en una especie de *nuevo sentido común penal* –criminalización de la pobreza y normalización del trabajo precario–, cuya manifestación urbana también puede identificarse en una suerte de principio de inviolabilidad del espacio público, por eso mismo sometido a una estricta vigilancia privada¹⁵. Una «nueva doxa punitiva» alimenta la progresiva sustitución del Estado social por el Estado penal (5 % de la población americana masculina adulta está bajo vigilancia penal, y de ella, el 80 % está formado por negros), tanto como la estetización cultural del miedo inducida por la fase actual de gentrificación. Ahora bien, otra ironía, esta vez semántica, pero en sintonía con los vaciamientos que estamos viendo, consiste en bautizar con el nombre de *civilidad* –nada puede tener mayor énfasis cultural– al avance punitivo que celebra cada movimiento de profundización del nuevo Estado penal como un gesto de audacia cívica contra el debilitamiento de la voluntad política de los gobernantes. No hay dispositivo de seguridad que no represente entonces alguna fuerza civilizatoria. Como la «tolerancia cero» del alcalde Giuliani, para dar el ejemplo más común: así, según

el actual administrador de Nueva York, «en una ciudad civilizada, las calles no son un lugar para dormir, las personas deben usar cuartos».

No sorprende que en esas circunstancias la jerga de la civilidad haya impregnado el montaje de las nuevas estrategias urbanas; finalmente, ambos tienen el mismo origen en el *management* empresarial. Y por el patrón Giuliani de civilidad podemos imaginar lo que sucede hoy dentro de una empresa-ciudadana. Y, por extensión, en los espacios gentrificados de una ciudad-empresarial, que debería describirse nuevamente desde otro ángulo: no sólo como ciudad-negocio, sino también como una ciudad civilizada en todos sus engranajes –desde una vendedora de boutique hasta un transeúnte benévolo como si se viviese en una ONG asfaltada–, como una sola empresa regida por un único *script* de atención al cliente, como en cualquier local de *fast-food*. En las ciudades globales causa por cierto la mejor de las impresiones, otra razón más para replicar el modelo en los enclaves de la periferia.

Por esas y otras consideraciones, cuando se habla hoy, a diestra y siniestra, de «hacer ciudad», corresponde, también hacer la pregunta ante tamaño eufemismo: ¿quién de hecho «hace la ciudad»? La respuesta, al menos a partir de los años noventa, parece inequívoca: naturalmente, las grandes empresas, con las mediaciones de praxis, por cierto. Por eso, el mismo paisaje en todas partes, o mejor, sin contar los simulacros en la periferia, los mismos *landscapes of power* descritos por Sharon Zukin en ciudades globales como Nueva York y Londres¹⁶. No hay nada que llame la atención en esto, ya que la recuperación de las áreas centrales en las dos ciudades cayó en las manos de las mismas instituciones financieras, de las mismas megainmobiliarias, de los mismos estudios del *star system*, que por su parte prepararon el terreno por encargo de las matrices multinacionales de siempre. Y así sucesivamente, van las grandes corporaciones multinacionales intentando persuadirnos de que los verdaderos protagonistas de la escena mundial son –quién lo diría– las ciudades, o mejor, ciudades cuya configuración sea propicia para la valorización patrimonial que más les interesa a estas firmas en la etapa actual de transnacionalización productiva. Rentabilidad y patrimonio arquitectónico-cultural se dan la mano en este proceso de revalorización urbana –siempre, evidentemente, en nombre de un alegado civismo (¿cómo discutirlo?...). Y para entrar en el universo de los negocios, la seña más prestigiosa –¡a qué punto llegamos! ¿de sofisticación?– es la Cultura. Esa nueva marca del mundo *fashion*, de la sociedad de consumo de los altos servicios a la que todos aspiran.

Pero no cualquier cultura, este es el *turning point* que nos interesa señalar respecto de este último giro urbanístico: una cul-

tura –desde la industria de la conciencia hasta la grandes fachadas, pasando por las gentrificaciones pertinentes– paradójicamente (¿o no?) respaldada por el aura libertaria de la resistencia antiprodutiva cuya génesis se remontaría a los movimientos de los años sesenta. No tiene nada que ver con lo que se entendía por cultura en el ciclo histórico anterior, el breve interregno de la Era del Crecimiento de la segunda posguerra, para no hablar evidentemente de la vieja esfera autónoma y trascendente de la extinta Edad Liberal-burguesa.

Hubo así una metamorfosis de lo «cultural», cuyo posmaterialismo, al principio *reactivo* (me refiero a los contextualistas de todo tipo de los años sesenta y setenta), se fue volviendo *pro activo*, para no decir *cooperativo*, a medida que se estetizaba y se concentraba en los valores expresivos de un orden social que argumentaba a su favor haber destronado la primacía de las relaciones de producción en nombre de las relaciones de «seducción», como fue celebrada la Era del Vacío al inicio. Si estoy en lo cierto, ni siquiera fue necesario esperar por las grandes desregulaciones del período siguiente, comenzando por la flexibilización de la rigidez fordista, para acelerar el cambio indoloro de lo libertario-cultural, empeñado en la recuperación de la riqueza simbólica de las formas urbanas (según el planteo de Leon Krier), en el embrión de los futuros propagadores de señuelos culturales para el capital –para quienes la monotonía funcional del modernismo había creado con certeza una fuerte demanda reprimida.

En verdad, aun cuando todo parece haber comenzado en los Estados Unidos, al cruzar el Atlántico, la máquina de crecimiento fue aceiteada, especialmente en relación con el énfasis superlativo en la Cultura y con la convergencia seductora entre *high culture* y *big business*. De esta conjunción nacía el mito bifronte de la ciudad-*collage*-gran proyecto, en la que la París de Mitterand será el máximo ejemplo y seguramente el punto de inflexión. Todo estaba allí, en las medidas de regulación flexible de lo urbano, desde la ampliación de la industria cultural que incorporaba la cultura de los museos y sus adyacencias *highbrow* al capitalismo de imágenes, el enaltecimiento arquitectónico del mundo de los negocios hasta la correspondiente mitología urbanizadora del terciario avanzado, sin la cual no se puede aspirar al status de ciudad global¹⁷.

Después de París, pasando por Barcelona hasta la nueva capital de la Alemania unificada, un sinnúmero de ciudades no hará más que aplicar la fórmula de la ciudad-empresa cultural. Se trata, por así decirlo, de una composición del modelo liberal-americano y social-demócrata europeo. En breve: sucedió lo que estamos viendo, algo así como un *pensamiento único* –en el que se unen el interés económico de la cultura y los alegatos culturales del comando económico– que ronda a las ciudades que compiten por el

escaso financiamiento en el sistema mundial, y por eso mismo compartido a pesar de las preferencias político-ideológicas de los administradores de turno.

Me detengo en un último ejemplo, quizá el más significativo hoy: Berlín. Más allá de las diferencias, algo semejante ocurre actualmente en la nueva capital alemana. Por cierto, las proporciones son otras: superlativas. Al menos desde el punto de vista cuantitativo, no hay dudas de que nada en el mundo se equipara con la reconversión de Berlín «reconquistada». Fueron movilizados más de trescientos estudios de todo el mundo, en particular, obviamente, del *star system*: desde los complejos multifuncionales de la Postdamer Platz –Sony y Daimler-Benz, bajo la dirección de Murphey/Jahn, Rogers/Piano y otros más, entre ellos algunos estudios alemanes, como especialmente el del arquitecto Kollhoff¹⁸–; hasta los museos, embajadas, estudios, grandes tiendas, edificios administrativos, y residencias por aquí y por allí. Todo proyectado para simbolizar no sólo a la Alemania unificada, con el patrocinio del Estado y de la municipalidad, sino también al mundo del capitalismo globalizado y triunfante (o, al menos, a la mayor potencia de la Unión Europea), transformando la antigua capital del Reich en el mayor *show-room* de la arquitectura de este fin de siglo (según algunos, menos entusiastas, un verdadero «baratillo») y en el símbolo más enfático del liderazgo alemán (por lo menos europeo). Como no podrían estar ausentes las antiguas tradiciones berlinesas, se reconstruyen los viejos edificios de la Pariser Platz, se mantiene el diseño urbano y, en la medida de lo posible, se restringen las alturas máximas. Extraña combinación de osadía y autoritarismo, en una reforma que, a pesar de todo, ha sido criticada como ¡extremadamente conservadora! Irritado, Rogers se quejó de que era imposible proyectar para Berlín algo que no fuese un edificio cuadrado, pero no por eso dejó de construir una caja-*collage*-muestrario de las soluciones adoptadas en otros proyectos suyos. (A pesar de la controversia de algunos arquitectos y empresarios con la administración, nadie quiere quedar afuera.)

En ese contexto, no se podría imaginar un lugar mejor desde donde observar la ciudad que, nada más y nada menos, la cúpula del Reichstag, entre las dos Berlín: una inmensa cúpula de vidrio sobre una estructura metálica proyectada por uno de los astros más celebrados de la arquitectura *high tech* (al fin de cuentas, Alemania es el frente de avanzada de la tecnología europea), Norman Foster (que es no obstante inglés...). En verdad, un híbrido más: la tradicional arquitectura neoclásica (de Wallot), que domina la ciudad desde Schinkel, combinada con la arquitectura de punta, internacional. Al mismo tiempo, hace converger el exterior y el interior del edificio, y el parlamento reunido detrás de las paredes



Berlín, nueva capital:
Leipziger Platz y Potsdamer Platz hacia mediados de los años sesenta: los vacíos sobre los cuales se levanta hoy uno de los centros de la nueva capital. A la derecha: Schneider y Schumacher, Pabellón provisional de exposición pública de los proyectos para Berlín en Leipziger Platz, 1995.



del viejo edificio puede ser visto desde lo alto a través de un techo de vidrio. Transparencia de la democracia, ofrecida como espectáculo a los ojos del visitante embobado. Es significativo que el área proyectada para ser el Manhattan de la Nueva Capital sea justamente la región central de la antigua ciudad del este. Finalmente, el previsible cliché (nada mejor que la reiteración para vender): a medio camino entre el este y el oeste, Berlín repuesta en el epicentro de Europa, y, de acuerdo al subtexto, del mundo¹⁹.

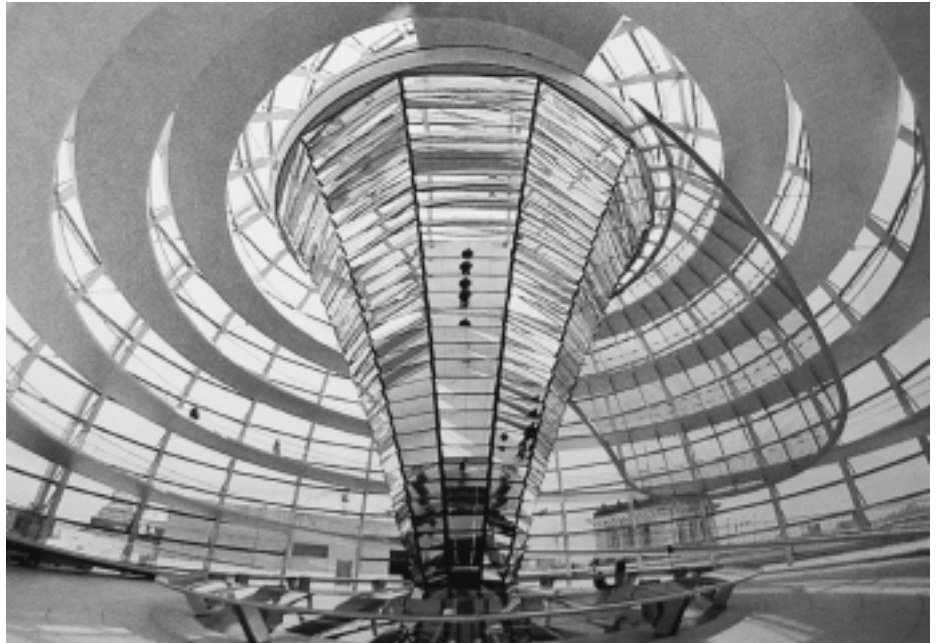
Y en el foco de todo, la cultura²⁰: desde el patrimonio restaurado, especialmente la isla de los museos, al esfuerzo para reactivar los lugares más representativos de la Berlín de los estereotipados años veinte, como Postdamer Platz, Prenzlauer Berg, en el este, que vuelve a ser el barrio de la bohemia artística, o el viejo Mitte, resultado de la emigración de muchos jóvenes artistas, en especial los que vivían en viviendas ocupadas de Kreuzberg oeste, ahora elevados a la categoría de galeristas, estimulados por los subsidios del gobierno. Además, confirmando que el objeto de culto en la imagen promocional de una ciudad es la ciudad misma, la Bienal de Berlín, al renovarse completamente, adoptó como tema a la propia Berlín («Berlín/Berlín») –de modo que el visitante no perdiese de vista que lo que está en juego es la nueva capital en búsqueda de su identidad (universal...). Tan hueca como la cúpula, e incontestable como la certeza de que A es igual a A²¹.

Como en el caso de París, no hay en sentido estricto ningún Plan Estratégico por detrás de la renovación de Berlín. Y sin embargo la fórmula es la misma en todos los casos vistos hasta aquí, cualquiera sea el nombre de ocasión que se le dé. No falta ninguno de los ingredientes del actual modo de hacer ciudad, y en la escala gigantesca de una capital con ambiciones imperiales: megaproyectos emblemáticos; urbanismo premeditadamente corporativo (ninguna gran marca global está ausente); gentrificaciones

esparciéndose por todos lados; exhibición arquitectónica en gran estilo; parques museográficos; salas de espectáculo agrupadas en complejos multiservice y mucha, mucha animación cultural las 24 horas. O sea, más de lo mismo.

Notas

1. Cfr. «Pasen y vean... Imagen y city marketing en las nuevas estrategias urbanas», *Punto de Vista*, nº 66, abril de 2000. Allí tomé una expresión de Francesco Indovina: «ciudades-ocasionales».
2. Borja y Castells, *Local y global*, Taurus, Madrid, 1997.
3. *Cidades do amanhã*, Perspectiva, San Pablo, 1995, p. 407. (El original en inglés es de 1988, y hay traducción española de 1996: *Las ciudades del mañana*, Ediciones del Serbal, Barcelona. Nota del traductor.)
4. David Harvey, *A condição pós-moderna*, Loyola, San Pablo, 1992, pp. 88-92 (edición en inglés de 1990). (Hay traducción en castellano: *La condición de la posmodernidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1998. Nota del traductor.)
5. Peter Hall, op. cit., p. 413.
6. «La ciudad como máquina de crecimiento», publicado por primera vez en 1976 en el *American Journal of Sociology*. Poco más de un año antes de la publicación de *Las ciudades del mañana*, la comunicación de Molotch había sido retomada extensamente en un libro en coautoría con John Logan, *Urban fortunes: The political economy of place*, University California Press, 1987. Véase también Jonas y Wilson (comps.), *The urban growth machine. Critical perspectives two decades later*, State University of New York Press, Nueva York, 1999.
7. Cf. John Gray, *Falso amanecer: os equívocos do capitalismo global*, Record, 1999.
8. Borja y Castells, op. cit., cap. 5.
9. *Loft Living*. Brunswick, Rutgers University Press, 1989 (la primera edición es de 1982). David Harvey le dio los debidos créditos al prologar la edición británica de 1988. Véase también de Harvey otro comentario sobre el tema en: *A condição pós-moderna*, op. cit., p. 82.
10. *Culture of Cities*, Cambridge, Blackwell, 1985, cap. 1.
11. Según la fórmula de Sharon Zukin, *Loft Living*, op. cit., p. 8.
12. Cf. Rosalyn Deutsche, *Evictions*, MIT, Cambridge, 1996, pp. 79-93.
13. Por la misma Sharon Zukin en el libro citado.
14. *The New Urban Frontier*, Routledge, Londres, 1996.
15. C. F. Loïc Wacquant, «Ce vent punitif qui vient d'Amérique», *Le Monde Diplomatique*, abril de 1999.
16. *Lanscapes of power. From Detroit to Disney World*, University of California Press, 1991.



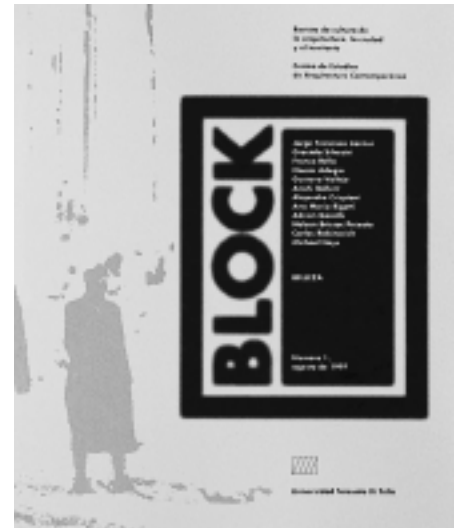
Arriba: Norman Foster, remodelación del Reichstag, 1992-99, fachada e interior de la cúpula-mirador.
A la derecha: Hans Kollhoff y Helga Timmermann, fotomontaje del proyecto para Alexanderplatz (detalle).



17. Sobre esta cuestión, véase mi ensayo «*Os dois lados da arquitetura francesa pós-Beaubourg*», en: *O lugar da arquitetura depois dos modernos*, EDUSP, San Pablo, 1993, 1995, 2000.
18. Además, en Berlín algunos hablan del poder de la «mafia» de los arquitectos asociados a las empresas, al punto de haber aparecido ya en las noticias policiales. Sobre este tema, véase Eva Schweitzer, *Grossbaustelle Berlin, wie die Hauptstadt verplant Berlin*, Ullstein, Berlín, 1998. Sobre arquitectura berlinesa, véase el catálogo *Neue Architektur. New Architecture - Berlin 1990-2000*, Jovis, Berlín, 1998.
19. Sobre esta cuestión, véase el artículo del senador para el Desarrollo, Peter Strieder, «*Berlin, City of the futur?*», *Stadtforum*, n° 36, junio de 1999.
20. Como se puede leer en un artículo del insospechable Vargas Llosa, donde dice que la antigua capital del Reich se va transformando «en la mayor empresa (sic) arquitectónica y urbanística de la que se tiene memoria», e informa que para elevarla

- al status simbólico de capital de la Unión Monetaria Europea, «la niña mimada de esa promoción (sic) fue la cultura». «*Cidade de todos*», en: *O Estado de São Paulo*, 11 de octubre de 1998.
21. Para finalizar, retomo aquí una observación que ya hice en el artículo publicado en *Punto de Vista*, n° 66, citado.

Block Números 1 a 4



Belleza

Jorge Francisco Liernur
Arquitectura y ciudad: ¿para qué la belleza?

Graciela Silvestri
Velos. Belleza natural, forma moderna y paisaje

Franco Rella
El enigma de la belleza: una mirada ulterior

Noemí Adagio
«¡Hay que salvar a la arquitectura que se hizo atea!»

Gustavo Vallejo
La belleza en la universidad

Anahi Ballent
El kitsch inolvidable: imágenes en torno a Eva Perón

Alejandro Crispiani
Belleza e invención

Ana María Rigotti
«La eterna lucha entre lo bello y lo útil»

Adrián Gorelik
La belleza de la patria

Nelson Brissac Peixoto
Intervenciones a gran escala

Carlos Rabinovich
Una arquitectura silenciosa.
Diener & Diener Architekten, Basilea

Michael Hays
Odiseo y los remeros, o nuevamente la abstracción
de Mies



Naturaleza

Kenneth Frampton
En busca del paisaje moderno

Fernando Aliata
Entre el desierto y la ciudad

Fernando Pérez Oyarzun
Juan Borchers en «Los Canelos», poética rústica o el árbol de la arquitectura

Jorge Francisco Liernur
Departamento en Virrey del Pino: el equilibrio inestable

Graciela Silvestri
La medida de la naturaleza

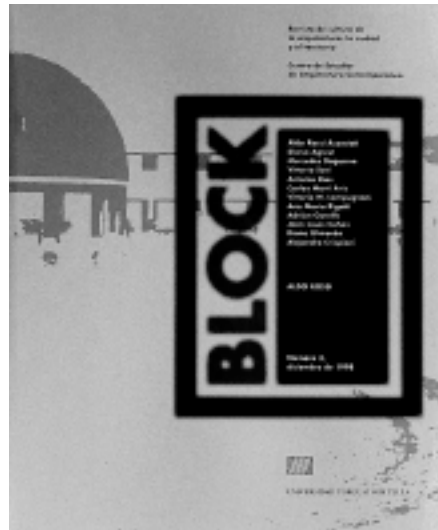
Carlos Ferreira Martins
Bajo aquella luz nació una arquitectura...

Anahi Ballent
Country life: los nuevos paraísos, su historia y sus profetas

Luis Müller
Postales de la pampa gringa

Rosario Pavia
Florestas urbanas

Robert Harbison
Estudio Sauerbruch-Hutton: arquitectura en el nuevo paisaje



Aldo Rossi

Studio di Architettura Aldo Rossi Associati
Aldo Rossi, oficio y continuidad

Diana Agrest
Para Aldo, con el cariño de una argentina

Mercedes Daguerre
Aldo Rossi: el orden de la memoria

Vittorio Savi
Olvidar a Aldo Rossi

Antonio Díaz
Aldo Rossi: la arquitectura del presente

Carlos Martí Arís
La huella del surrealismo en la obra de Aldo Rossi

Vittorio Magnago Lampugnani
Aldo Rossi: la ciencia poética de la arquitectura

Ana María Rigotti
Malas lecturas

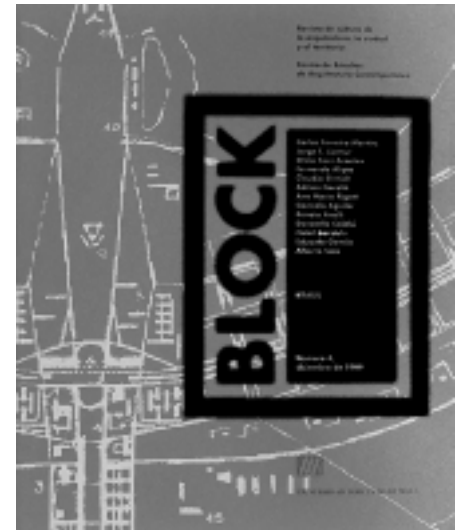
Adrián Gorelik
Correspondencias

Jean-Louis Cohen
Infortunio transalpino: Aldo Rossi en Francia

Diane Ghirardo
Aldo Rossi en los Estados Unidos

Alejandro Crispiani
Imágenes encontradas: dos proyectos para Buenos Aires

Mercedes Daguerre
Apéndice: biografía, lista de obras y principales escritos de Aldo Rossi



Brasil

Carlos A. Ferreira Martins
«Hay algo de irracional...»

Jorge Francisco Liernur
«*The South American Way*»

Otília Beatriz Fiori Arantes
Esquema de Lúcio Costa

Fernando Aliata - Claudia Shmidt
Otras referencias. Lúcio Costa, el episodio Monlevade y Auguste Perret

Adrián Gorelik
Tentativas de comprender una ciudad moderna

Ana María Rigotti
Brazil deceives

Gonzalo Aguilar
El laberinto transparente

Renato Anelli
Mediterráneo en los trópicos

Donatella Calabi
Un arquitecto italiano en San Pablo

Nabil Bonduki
Otra mirada sobre la arquitectura brasileña: la producción de vivienda social (1930-1954)

Eduardo Gentile
Formalismo y populismo en la recepción argentina del modernismo brasileño

Alberto Sato
Una lectura cómoda

Graciela Silvestri - Silvia Pampinella
Lecturas

**Entidades y personas con cuya colaboración y apoyo
desarrolló sus actividades durante el año 2000 el
Centro de Estudios de Arquitectura Contemporánea**

Fondo Nacional de las Artes
Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica Argentina
Agulla & Baccetti
Asociación de Empresarios de la Vivienda y Desarrollo Inmobiliario
Berlage Institute of Amsterdam
Ceusa
Comisión Municipal de la Vivienda del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
Consejo Profesional de Arquitectura y Urbanismo
Constructora Iberoamericana
Council on Latin American and Iberian Studies, Yale University
Embajada de Holanda
Escuela de Arquitectura, Universidad Federico Santa María de Valparaíso (Chile)
Fundación Proa
Hewlett Foundation (Argentina)
Industrias Saladillo
Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC)
Joint Center for Housing Studies, Harvard University
Organismo de Control de la Red de Accesos a Buenos Aires (OCRABA)
Royal Melbourne Institute of Technology (RMIT)
Subsecretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda, Secretaría de Obras Públicas,
Ministerio de Infraestructura y Vivienda
Southern California Institute of Architecture (SCIArch)
Universidad del Diseño (Costa Rica)
Vidogar Construcciones

Carlos Altamirano
Cecilia Alvis
Horacio Baliero
Valeria Caruso
Mauricio Corbalán
Hernán Díaz Alonso
Juan Carlos Franceschini

Javier Hojman
Sebastián Khourian
Sebastián Petit de Meurville
Javier Rivarola
Ana Slemenson
Marcelo Spina
Pío Torroja

Cantidad de ejemplares: 1000
Tipografía: Garamond Stempel y Futura
Interior: papel obra de 120 g
Tapas: cartulina ecológica de 220 g

Preimpresión: NF producciones gráficas
Impresión: Instituto Salesiano de Artes Gráficas

Registro de la propiedad intelectual n° 910.348
Hecho el depósito que marca la ley n° 11.723

Precio del ejemplar: \$ 15

